

Hemos tenido a la vista copia del proceso que se siguió a los dirigentes y otros miembros del Club Liberal "Ponciano Arriaga" que fué asaltado en su local por soldados y policías.

Como siempre sucede, en ese proceso, para justificar el procedimiento atentatorio, se atribuye toda la responsabilidad de los sucesos ocurridos a los liberales que fueron aprehendidos.

He aquí cómo se desarrollaron esos sucesos cuya narración la hemos tomado de los apuntes inéditos del superviviente Carlos Uranga, una de las víctimas del atentado:

"De todos los delegados (al Congreso de febrero de 1901), solamente quedaron en San Luis Potosí, pues era allí el lugar de su residencia, los ciudadanos Arriaga, Sarabia, hermanos Julio y Carlos Uranga, Rivera (Librado), Bustamante (Rosalío), Gómez, Macías Valadez y todos los correligionarios que en la lista anterior se enumeraron, y allí siguieron reuniéndose para cambiar entre sí, sus propias impresiones, así como para darse cuenta exacta de las informaciones que recibían de sus correligionarios, y sesionaron sin interrupción de 1901 a 1902, a pesar de la persecución que ya se había hecho sistemática no sólo en contra de los citados, sino en contra de todos y cada uno de los que concurrieron al Congreso Liberal Antirreeleccionista. Estas reuniones se celebraban en una de las dependencias del Hotel Jardín de la citada población de San Luis Potosí, inmueble que en aquel entonces era de la propiedad del ingeniero Camilo Arriaga y hasta el 23 de enero de 1902 se fueron efectuando, cada vez con mayor entusiasmo y con toda la regularidad acordada entre ellos, las sesiones de que hablo, haciendo caso omiso de los múltiples incidentes provocados por las autoridades de aquella localidad; pero el 24 del propio mes y año citados se verificó la última de esas reuniones, en la cual inicua y cruelmente, borrando todos los escrúpulos, atropellando los más elementales derechos cívicos recibieron aque-

llos hombres entusiastas y valientes el castigo por su osadía de querer enfrentarse contra lo que entonces se creía fuerte e irreductible. Aquella reunión memorable fué disuelta por orden expresa de Porfirio Díaz, quien la trasmitió a Bernardo Reyes que ocupaba la Secretaría de Guerra y Marina, quien a su vez se valió de uno de tantos incondicionales del porfirismo, un individuo que respondía al nombre de Heriberto Barrón que era diputado federal y reservista y que ostentaba un título de abogado. Barrón se trasladó a San Luis Potosí, entrevistó al ingeniero Blas Escontría, Gobernador del Estado a la sazón, y al general Kerlegan, quien era el jefe de la segunda zona militar. Tinterillo de por medio, la preparación del tumulto que sirvió de pretexto para disolver a los liberales revolucionarios fué cosa sencilla; las aguilierías del abogado en connivencia con las dos autoridades mencionadas prepararon la escena y lo que ellos pensaron que iba a terminar en una carrera de miedo, concluyó en tragedia y pudo haber finalizado en motín en el que las víctimas hubieran sido los tres directores. Los hechos que culminaron con la disolución del grupo tuvieron cierta preparación, la cual, como todos los actos fraguados por aquella dictadura de treinta años, tuvieron como cimiento la perfidia. Bernardo Reyes iba a entregar el gobierno del Estado de Nuevo León, del que era titular y a fin de regresar lo más pronto posible a la capital de la república para seguir al frente de la Secretaría de Guerra, salió de esta ciudad en un carro especial agregado al tren ordinario, llevando como compañero a Heriberto Barrón, y durante el trayecto fué trasmitiéndole verbalmente las instrucciones que estimó convenientes para desarrollar el plan preconcebido y ahogar en su cuna el glorioso movimiento libertador. En San Luis Potosí descendió del tren el abogado que se indica, y éste, aprovechando desde luego el tiempo, fué a la redacción del periódico "Renacimiento", que era el órgano del Club Liberal Antirreeleccionista "Ponciano Arriaga" y solicitó una entrevista con el ingeniero Camilo Arriaga, director del periódico citado y este profesionista no halló inconveniente en recibirlo. La entrevista se desarrolló dentro de los términos de cortesía; el ingeniero Arriaga oía con benevolencia las protestas de simpatía hacia él y a su grupo que mefistofélicamente le expresaba Barrón y hasta llegó al grado de presentarlo con algunos de sus

compañeros de club que fungían como redactores de "Renacimiento", creyendo que aquel menguado estaba hablando con sinceridad; éste en medio de aquel grupo, con actitudes teatrales, lleno de énfasis, expresó su complacencia de encontrarse entre aquellos liberales revolucionarios entusiastas, elogió su actitud patriótica y decidida, alabó los propósitos que los animaban y declaró, casi como una protesta, su adhesión a la causa antirreeleccionista. Después de aquel momento de charla rogó se le proporcionaran algunos de los números publicados de "Renacimiento" y al leerlos daba su aprobación a tan viriles artículos redactados, a la profundidad de los pensamientos expresados, a la nobleza de la causa que perseguían y se quedó con ellos sin que el ingeniero Arriaga ni sus amigos pudieran suponer la intención aviesa que se escondía entre las palabras de aquel turiferario del porfirismo. Los informes recogidos después, dijeron de las actividades que en seguida desarrolló Barrón, pues con los ejemplares del periódico en su poder se dirigió al Palacio de Gobierno donde conferenció con el Gobernador Escontría y con el general Kerlegan que ya lo esperaban, para ultimar los detalles del plan que habían de poner en práctica aquella misma noche, cumpliendo todas y cada una de las instrucciones recibidas de Reyes, y que no eran otras sino el deseo expreso del dictador para acabar con todo lo que tendiera a la mengua de su poder.

* * *

"La noche del 24 de enero de 1902, es una fecha memorable porque fué la inicua disolución del Club Liberal Antirreeleccionista "Ponciano Arriaga" en San Luis Potosí, cuna de la revolución en el terreno ideológico. La noche de ese día, el suelo de México recibió el primer riego de sangre humana, y lo atestiguan los historiadores Alfonso Taracena en su libro intitulado "Anales Sintéticos"; Pujol en su "Diccionario Histórico" y Agustín Casasola en su "Historia Gráfica de la Revolución, más los periódicos liberales de aquella época "El Diario del Hogar", "Vésper", "El Estandarte", "La Voz de Juárez" y algunos otros.

"Los dolores físicos sufridos, las angustias morales soportadas entonces por aquel grupo de denodados liberales, no amengua-

ron nunca el impulso viril de las juventudes de entonces puestas en aras de la Patria como una ofrenda de amor y de veneración y como el germen de todas sus inquietudes que han venido trasmutándose a través del tiempo, en realidades tangibles que ya se palpan en la nueva generación y que soñaron habrían de sucederse y de desarrollarse conforme su pensamiento, su voluntad y su empeño.

“Considero que la juventud contemporánea desconoce, porque no le han sido referidos con puntualización de hechos y de fechas, los acontecimientos acaecidos en aquella noche trágica y que fueron el verdadero principio de la afirmación ética, social, económica y política en los órdenes que en los mismos aspectos comienza a disfrutar el pueblo y la generación de la época presente.

“Aquella noche y como de costumbre, presidía la sesión el ingeniero Camilo Arriaga, en la secretaría se encontraba Juan Sarabia y completando la plataforma de honor veíamos como vocales al profesor Librado Rivera, Rosalío Bustamante, Heliodoro Gómez, el profesor Julio B. Uranga, Carlos Uranga, Melesio Macías y Enrique Castillo.

“Con anticipación había sido nombrado orador para esa asamblea el profesor Julio B. Uranga. La concurrencia era por demás numerosa; pero recatada en las sombras, entre filas de la sillería colocada al efecto podía verse la figura del que por la mañana se había mostrado amigo de los liberales antirreeleccionistas, a los que les había ofrecido cooperación entusiasta y sincera, a Heriberto Barrón. Entre los concurrentes se podían ver individuos de aspecto sospechoso, pues no dejaban que se vieran sus rostros con toda franqueza. Se veían cubiertos con capas dragonas los unos y con sarapes los otros, debajo de los cuales, según supimos después llevaban ocultas las armas de que iban a servirse. El ingeniero Arriaga pudo darse cuenta de la presencia de aquellos desconocidos entre el grupo habitual y ordenó suspender las labores de la asamblea de aquella noche por unos momentos para tomar las providencias que él estimó necesarias, previendo que algún desahogado iba a cometerse y al efecto transmitió instrucciones a sus

compañeros de grupo conocidos como los más leales, para que no perdieran de vista los movimientos de aquellos emboscados. Al señor Calos Uranga suplicó que, situado en lugar conveniente no perdiera de vista los movimientos de Barrón. En cuanto se tomaron las precauciones de referencia, se presentó en la tribuna el profesor Uranga; exaltado en su valor civil y con fácil palabra, se dirigió a los allí reunidos para decirles de su liberalismo radical, de su fe en los principios que sustentaba, de su certeza en el triunfo que perseguían, y haciendo un llamado para que se apretaran más aún las filas del antirreeleccionismo, para marchar así en una mayor cohesión, los exhortó a continuar con mucho más grande entusiasmo en la lucha libertaria, pidiendo que se intensificara por todos los medios posibles la propaganda necesaria para que todo el país supiera del esfuerzo que estaban desarrollando, y haciendo caso omiso de cuantas amenazas les fueran lanzadas, siguieran inquebrantables hasta ver coronados por el éxito los esfuerzos que estaban haciendo en bien de la colectividad, sin que fueran óbice ni los atropellos, ni las persecuciones, ni las inquietudes con que el dictador pretendía ahogar la libre expresión del pensamiento y matar los derechos cívicos que consagró la Constitución de 1857 y terminó flagelando con verbo cálido y entusiasta a los responsables de aquella situación contra la que pugnaban, señalándolos con índice de fuego como los causantes de la ignorancia, de la pobreza y del fanatismo de nuestro pueblo.

“Fueron como una poderosa palanca las palabras del profesor Uranga para todos los que con él pensaban, creían y esperaban en una era de bienestar y de progreso y fueron también la gota que derramó los propósitos de Barrón y sus secuaces y que los hizo proceder tal y como lo habían planeado”.

En el próximo artículo se concluirá esta interesante narración histórica sobre el asalto al Club “Ponciano Arriaga”, que hasta ahora se publica por primera vez.